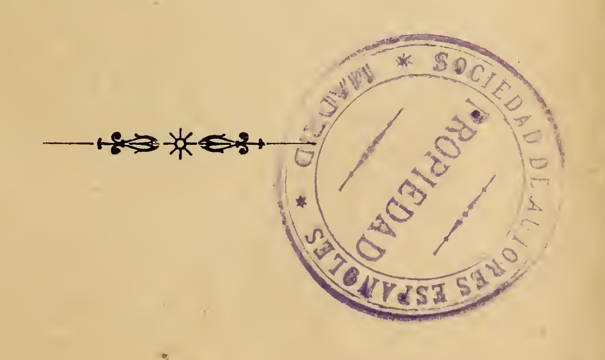
ANTONIO LÓPEZ MONÍS

La caída

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LA CAÍDA

ANTONIO LÓPEZ MONÍS

LA CAÍDA

COMEDIA

en un acto y en prosa

Estrenada en el TEATRO CERVANTES de Málaga, la noche del 3 de Diciembre de 1904, y en el TEATRO LARA de Madrid, la del 10 de Noviembre de 1905



MADRID
S. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1905

A LA GENTIL

Antoñita Arévalo

recuerdo de nuestra estancia en Málaga y testimonio de admiración de su afectísimo,

Antonio López Monís.

REPARTO

	EN MÁLAGA	EN MADRID
PILAR, Condesa de Miramar..	Srta. Arévalo.	Srta. Domus.
ROSENDO, Vizconde de Torre-Umbría	Sr. Fuentes.	Sr. Palanca.
CÉSAR, Marqués del Valle del Tomillar................	Nieva.	Calle.
MANUEL, criado de César...	Fernández (W.)	Simó-Raso.
JUAN, viejo criado del campo.	Arévalo.	De Diego.
ANTONIO, cochero de Pilar..	Colón (V.)	Rego.

La acción en una quinta de los alrededores de Madrid
Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



LA CAIDA

La escena representa un gabinetito elegantísimo. Al foro gran ventanal cubierto por una cortina en la que se destacan una V y una corona de Marqués. A la izquierda una puerta que conduce al exterior, y á la derecha otra que lleva al interior de la casa. En el centro de la escena una mesa preparada para que cenen dos personas. Al foro mesa auxiliar, y, delante de una «chaisse longue», una mesita para tomar té. Junto á la izquierda un «bureau». Alfombra, aparato de luz eléctrica y muebles modernos. A uno de los lados de la ventana, un espejo. La escena debe quedar lo más reducida que pueda ser; y, si es posible, la decoración debe tener techo para evitar la fealdad de una bambalina. Cuanto más recogido esté todo, mejor efecto hará la comedia.

ESCENA PRIMERA

MANUEL. Mirándose al espejo, vestido de frac

(Haciéndose la corbata.) Ahora podré pesentarme dignamente al lado de mi amo, y... hasta competir con él. (Haciendo posturas ante el espejo.) ¡Y vaya si podemos competir! El también se debe de estar acicalando; lleva más de una hora en la *toilette*. (Poniéndose los guantes.) Verdad es que la que esperamos... es decir, la que espera mi amo, debe de ser una mujer de esas... Según he podido averiguar, se trata nada menos que de una artista de circo, una de esas extranjeras que son

una tentación. Cada vez que voy á un circo, siento unas ganas de dedicarme á hacer volatines... ó de solicitar una plaza entre esos que reciben en sus brazos á las artistas cuando terminan algún ejercicio arriesgado... Vaya un carguito, ¿eh? (Pausa; finge hacer lo que ha dicho y después vuelve al espejo.) No estoy mal. ¡Si yo tuviera bigote! Ya saben los amos lo que se hacen obligándonos á ir afeitados. Pero, á pesar de todo... ¡se dan casos!

CÉS. (Dentro.) ¡Manuel! (En voz natural.)

MAN. (Asomándose á la izquierda.) ¡Juan! (En la misma voz.)

CÉS. (Dentro.) ¡Manuel! (Gritando.)

MAN. (Gritando también.) ¡Juan! (Pausa.) Juan, por lo visto, me hace á mí el mismo caso que yo le hago al amo.

ESCENA II

MANUEL y JUAN

MAN. (Con petulancia y superioridad.) ¿Dónde te habías metido? El señor Marqués está llamando hace un rato.

JUAN ¿Por qué no fué usted?

MAN. ¿No ves que estaba ocupado? Bueno. ¿Está todo dispuesto? Necesito saberlo, porque va á preguntarme el señor Marqués.

JUAN Todo. (Contesta de mala gana y con desprecio.)

MAN. Bien. Recordemos minuciosamente el programa por si se ha olvidado algún detalle. ¿El camino del pinar á la carretera?

JUAN Impracticable.

MAN. ¿La zanja?

JUAN Abierta.

MAN. ¿La paja?

JUAN Amontonada.

MAN. ¿Estás seguro de que no hay peligro?

JUAN Seguro.

CÉS. (Dentro.) ¡Manuel!

MAN. ¡Señor! (A Juan.) Anda, lárgate.

JUAN (Aparte.) ¡Imbécil! (Mutis.)

ESCENA III

MAÑUEL, CÉSAR, vestido de smoking, y frotándose las manos satisfecho

CÉS. Pero ¿dónde diablos estás metido? Hace un rato que te estoy llamando.

MAN. Estaba procurando que no faltara detalle.

CÉS. Pues que no se te ocurra más hacerme esperar.

MAN. Descuide el señor Marqués. (A César le habla con una sumisión exagerada, que contrasta con la altivez de antes.)

CÉS. A ver, inspeccionemos esto. (Observando el gabinete.) Las lámparas nuevas, la cortina echada... la mesa dispuesta. ¿Dos cubiertos? Yo te mandé poner uno solo.

MAN. Yo pensé...

CÉS. Ya te tengo dicho que tú no tienes derecho á pensar.

MAN. Perdone el señor Marqués...

CÉS. Quita un cubierto.

MAN. (Lo hace.) ¿Entonces es que el señor Marqués va á cenar solo?

CÉS. El aire del campo te está volviendo cada dia más estúpido; va á ser preciso mandarte á Madrid á ver si recobras el sentido común... ¿Lo del camino?

MAN. (Interrumpiéndole.) Arreglado.

CÉS. (Reprendiéndole.) ¡Manuel!

MAN. Señor...

CÉS. (Observándole.) Manuel, tú estás en ascuas por saber qué se prepara, ¿verdad?

MAN. El señor Marqués cree que soy un burro... Sí, soy un burro si así lo dispone el señor Marqués; pero lo que aquí se prepara lo tengo yo adivinado.

CÉS. ¿De veras? ¿Y qué es lo que has adivinado? Habla.

MAN. ¿Con entera libertad?

CÉS. Con libertad completa.

MAN. (Se sienta con familiaridad al empezar á hablar, pero

á una mirada de César se levanta rápidamente.) Pues aquí se trata de llevar á cabo una de esas aventuras que han dado fama al señor Marqués. Vendrá un coche...

CÉS. (Asintiendo.) Un coche.

MAN. Que, con el pretexto de ahorrar una hora de camino, pasará por nuestra carretera atravesando el pinar.

CÉS. Bien.

MAN. Llegará á la trampa que se ha preparado, y volcará sobre la paja, dispuesta para amortiguar el golpe.

CÉS. Muy bien.

MAN. El señor Marqués se precipitará fuera de la quinta, correrá al sitio de la catástrofe, conducirá aquí *lo* que se encuentre dentro del coche y la... ¡digo! *lo* invitará á cenar, mientras recibe su agradecimiento como salvador.

CÉS. Admirable.

MAN. ¿Eh? ¿soy un estúpido?

CÉS. ¡Sí!... aunque no tanto como yo creía.

MAN. Bueno. Ahora entra el problema. ¿Qué sera *lo* que se encuentre dentro del coche? (Pausa.) Yo creo que no será un señor anciano.

CÉS. Desde luego.

MAN. Tampoco me parece que será un joven.

CÉS. Tampoco.

MAN. Excluyo en absoluto al género masculino... y al neutro que lo forman los curas y las viejas. De modo que no siendo masculino ni neutro, ha de ser femenino. En conclusión; *lo* que hay en el coche es una mujer joven, y...

CÉS. Bueno, bueno; tienes una gran imaginación, pero vete á tu puesto, y en el momento de la catástrofe...

MAN. Llamo al salvador y amabilísimo dueño de la casa. (Sale por la derecha. Aparte.) ¡Ay! si yo tuviera bigote.

ESCENA IV

CÉSAR

Es asombroso cómo nos conocen los criados. Qué bièn se ha enterado de todo este bribón. (Mirando el reloj.) Aún falta una hora. Paciencia. ¿Pero conseguiré llevar á cabo mi aventura? Ella es excéntrica... demasiado excéntrica, y con esta clase de mujeres no se está nunca seguro de nada. ¿Y si no viniera? Todo parece que está previsto; pero... ¡Todavía cincuenta y nueve minutos! ¡Una eternidad! La verdad es que ella lo merece...

ESCENA V

CÉSAR y MANUEL

MAN. Señor Marqués...
CÉS. ¿Qué ocurre?
MAN. El señor Vizconde de Torre-Umbría... pregunta...
CÉS. ¡Rosendo! Le habrás dicho desde luego que no estoy en casa.
MAN. No, señor. (Se mira á hurtadillas al espejo.)
CÉS. ¡Estúpido! (Manuel da un respingo.)
MAN. Le he dicho que no podía anunciar al señor Vizconde, porque el señor Marqués estaba indispuesto; pero el señor de Torre-Umbría me ha respondido: ¡Manuel, eres un estúpido! Lo mismo que usted.
CÉS. ¡Eh!
MAN. Lo mismo que usted me dice.
CÉS. Que pase. (Mutis Manuel.) ¡Vaya un contratiempo! ¿Cómo me las arreglo yo ahora para hacer que se marche? Y que no es posma el tal Rosendo.
MAN. (Anunciando.) El señor Vizconde de Torre-Umbría. (Mutis.)

ESCENA VI

CÉSAR, ROSENDO en traje de caza

ROS. Buenas noches, César.

CÉS. (Secamente.) Buenas noches.

ROS. (Quitándose cachazudamente la canana, el morral y la escopeta.) Quizá te parezca intempestiva esta hora... (Viendo que no contesta.) quedamos en que te parece intempestiva; pero, hijo, ten paciencia, la amistad obliga á aguantar muchas pejigueras, sí; pero al menos te explicaré la causa de este, pudiéramos decir, allanamiento de morada.

CÉS. (Aparte.) Dios me dé paciencia.

ROS. Esta mañana salí de caza al amanecer, y en todo el día no se me ha presentado ocasión de disparar un tiro. Hay días en que no debía uno salir de casa.

CÉS. ¡Es verdad!

ROS. Pues verás; por amor propio ya, me propuse no volver con el morral vacío y he estado aguardando hasta última hora para tirar una pieza; pero, chico, cuando uno está de malas todo le sale mal, y en esta ocasión mi amor propio ha quedado á la altura de la fresa. Como se me hizo tan tarde, tenía ya, y tengo, un hambre horrible; pasaba cerca de aquí, y sin titubear me he dicho: iré á casa de César, cenaré con él y charlaremos durante un par de horitas. ¿Eh?

CÉS. (Atónito.) ¡Admirable! ¡Un par de horas!

ROS. Ya me figuraba yo que, en medio de todo, te iba á proporcionar una gran satisfacción. ¡Nos vemos tan de tarde en tarde! (Pausa Mirando en derredor.) Después de un día como el de hoy da gusto encontrarse aquí; hay un ambiente de alegría, de tranquilidad... Oye, si te parece, me entretendré con estas chucherías mientras esperamos la cena. (Va á la mesa.)

CÉS. (Rápidamente.) ¡No! Dispensa, querido: aquí no

toques, por favor. No descompongas mis preparativos.

Ros. Perdona, César. No había reparado en tu traje. ¿Esperas gente?... Entonces... yo... estoy... de más... aquí.

Cés. ¿Qué? ¿Quieres marcharte ya? ¡Ah! no puedo permitirlo; pero si insistes... (Le trae sus arreos.) toma. Hasta la vista, amigo mío, y no te hagas desear tanto; ven aquí siempre que quieras. (Aparte.) ¡Gracias á Dios!

Ros. (Algo turbado.) ¿Pero crees tú?... ¿Pero tú crees?... Nada, por más que pienso no recuerdo haber hecho la más ligera indicación de marcharme.

Cés. Decirlo... no... es verdad; pero me pareció verte hacer cierto movimiento como para despedirte...

Ros. Pues repito que te engañaste. La prueba está... en que me quedo. (Suelta sus bártulos y se sienta.)

Cés. (Aparte.) ¡Se queda! (Pausa.)

Ros. César...

Cés. ¿Qué deseas?

Ros ¿Quieres renunciar por un momento á la hipocresía y hablar claro? Deseas que me marche, ¿no es verdad?

Cés. (Fríamente.) ¡Qué cosas se te ocurren!

Ros. No finjas, hombre, no finjas, y háblame con franqueza.

Cés. Pues bien, sí, en este momento eres inoportuno; no lo tomes á mal, Rosendo.

Ros. (Después de una pausa.) Bueno, pues en vista de eso... me quedo. (Impidiéndole hablar.) Sí, tú estás preparando alguna combinación *non sancta*.

Cés. ¡Qué idea!...

Ros Sí, hombre, acaba de ser franco conmigo y dime: «Rosendo, márchate, porque espero invitados, ó más bien, un invitado; no, tampoco, una...» Vamos, ¿de qué se trata?

Cés. Es un secreto.

Ros. No quiero que me lo descubras; no podría guardarlo mucho tiempo.

Cés. Demasiado lo sé; por eso...

Ros. No, yo respeto tu secreto; en cambio tú debes respetar las necesidades de mi estómago. Me marcharé.

Cés. ¿Sí?

Ros. Pero dame primero algo de comer.

Cés. Sí, siéntate á esta mesita. Te serviré todo lo que quieras. (En la mesa de té.)

Ros. ¿Ves tú? eso ya es ponerse en razón. He visto ahí una mayonesa que promete mucho.

Cés. Aquí la tienes; pero cómetela ligero. (Aparte.) Que se retrase, Dios mío, que no llegue ahora.

Ros. Tráeme una de esas perdices.

Cés. No, perdona, eso no. Sólo hay dos.

Ros. Según eso esperas una invitada.

Cés. ¿Por qué?

Ros. Para dos perdices, dos. Tráeme algo de vino, un poco de queso y una naranja.

Cés. Toma, ya ves que te sirvo de camarero; pero anda, hombre, que tengo prisa.

Ros. Yo no. Te has olvidado del vino, querido Ganimedes.

Cés. Una botella entera.

Ros. Basta por el momento; creo que con una botella tendré suficiente. (Pausa. Rosendo come tranquilamente y César se pasea intranquilo y nervioso consultando á menudo su reloj.) Está buena esta mayonesa.

Cés. ¿No sería mejor que te fueras con todo eso y te lo comieras por el camino?

Ros. (Con calma.) No, no sería mejor. He estado once horas de pie y creo que tengo derecho á comer tranquilo.

Cés. (Impaciente.) ¡Me estás desesperando con esa calma! Es absolutamente necesario que me dejes solo.

Ros. No me conmueves. ¿Por qué tienes secretos para mí?

Cés. ¿Pero no dijiste tú mismo?...

Ros. Mira, no me molestes mientras como. Ya no hablo una palabra más.

Cés. Bueno, come con todos los diablos.

Ros. La comida que se hace devorando, con pre-

cipitación, se convierte en veneno. Oí decir una vez á un médico...

CÉS. ¡Me estás poniendo nervioso!

ROS. Te hago una última proposición.

CÉS. ¿Cuál?

ROS. Me iré en cuanto me expliques por qué echas de tu casa á un amigo que se muere de hambre.

CÉS. ¡No! (Aparte.) ¡Es para volverse loco!

ESCENA VII

DICHOS y MANUEL

MAN. Señor Marqués: un criado acaba de llegar...

CÉS. (Aparte.) ¡Adiós! Cleopatra que no puede asistir á la cita. Me alegro por éste. (A Manuel.) ¿Viene de Madrid?

MAN. No, señor; de parte de la señora Marquesa. Trae esta carta muy urgente.

CÉS. ¡De mi madre! ¿Ocurrirá algo? ¡A ver! (Lee.)

ROS. El vino es excelente. Es un Burdeos delicioso. Hay quien compara el champagne con un hombre de ingenio; yo comparo el Burdeos con un amigo íntimo. (Bebe.)

CÉS. ¡Qué fatalidad! Tengo que marchar ahora mismo. Dí á Pedro que enganche.

MAN. No es necesario. La señora Marquesa ha enviado su carruaje.

CÉS. ¿Y la zanja? (Alarmado.)

MAN. Afortunadamente el cochero ha tenido la idea de entrar por detrás del jardín.

CÉS. Menos mal.

MAN. Y por ahí mismo puede salir el señor.

CÉS. ¿Y cuando llegue el otro coche?

MAN. Es verdad. ¿Quién salvará á esa pobre señorita destinada á caer de un momento á otro?

CÉS. Si viene y no estoy aquí á la hora convenida, no me lo perdonará nunca.

MAN. ¿No podría presentarme yo como salvador interino, y entretenerla hasta que volviera el señor Marqués?

CÉS. Calla, estúpido. ¡Ah! Lleva mi abrigo al coche; yo voy al momento. (Mutis Manuel por la derecha, saliendo á poco con el abrigo de César que se lleva por la izquierda y el sombrero que le entrega.)

ESCENA VIII

CÉSAR y ROSENDO

CÉS. (A Rosendo, que ya ha cogido sus objetos de caza para marcharse.) ¿Qué, quieres marcharte ya?
ROS. Sí. Sé que darás gracias á todos los santos del cielo por esta resolución. Adiós, César, perdóname si te he molestado, y te aconsejo que leas alguna obra sobre los árabes y su hospitalidad. (Va á salir.)
CÉS. (Deteniéndole.) Espera, Rosendo, te lo suplico.
ROS. ¡Cómo! ¿ahora no quieres que me vaya? Pero, ¿tú estás seguro de conservar todas tus facultades?
CÉS. Necesito que me hagas un favor.
ROS. Si me es posible...
CÉS. Escucha: mi madre me anuncia que esta noche espera la visita de la condesa de Miramar, con la cual me voy á unir en breve.
ROS. ¿De veras? ¡Mi enhorabuena! No conozco á tu prometida; pero he oído decir que es una viuda hermosa y simpática.
CÉS. ¿Hermosa?... no es fea. ¿Simpática?... no diré que no; pero algo sosa. Yo la comparo á una mañana de verano: tibia, dulce... un poco aburrida; ¡pero es muy rica!
ROS. Entonces es un matrimonio de conveniencia. ¿No te avergüenzas, César?
CÉS. Te suplico que no me hables de moralidad. La boda es cosa convenida por la familia. Además hay que sentar la cabeza, ¡qué demonio!
ROS. Bueno, por mi parte te doy la bendición. ¡Ea, adiós!
CÉS. Espera, hombre, no me interrumpas, que

se pasa el tiempo y tengo mucho que decirte.

Ros. Pero en todo lo que me has dicho hasta ahora no encuentro nada excepcional que justifique tu excitación.

Cés. Ahora viene lo excepcional. Rosendo, tengo necesidad de un pararrayos.

Ros. ¿Te amenaza alguna tormenta?

Cés. ¡Gorda! Dentro de algunos minutos debe llegar aquí una mujer.

Ros. ¡Ah, granuja!

Cés. Tendrá todo el aspecto de venir involuntariamente.

Ros. ¿Eh?

Cés. Vendrá en un coche, al llegar á cierto sitio el carruaje vuelca, ella pide socorro... y en ese momento es necesario precipitarse al camino, traerla aquí, consolarla, cenar con ella y...

Ros. ¡Sí!

Cés. Y ni el diablo podrá figurarse que todo esto fué arreglado de antemano.

Ros. ¿Y quién es esa señora?

Cés. Cleopatra, la célebre Cleopatra, ¿no la conoces?

Ros. Hombre, yo sé de una Cleopatra...

Cés. ¡No es esa! Es una funámbula del circo de Parish.

Ros. ¡Buenas noches!

Cés. Espera.

Ros. Eres un libertino. Estás en vísperas de casarte, y sigues con tus orgías y tus calaveradas. ¡Una saltimbanqui!

Cés. ¡Si la conocieras!... Es una mujer admirable, una criatura encantadora y, aunque es verdad que trabaja en el alambre, tiene muy alta su reputación; pero muy alta.

Ros. Junto al techo.

Cés. Al principio rechazó todas mis proposiciones; pero al fin me dijo que aceptaría una cena aquí, si se encontraba medio de cubrir las apariencias. Entonces convinimos en que yo pusiera algún obstáculo en el camino de este hotel para que su berlina volca-

ra. A los gritos, un caballero galante, yo, le ofrece hospitalidad, y de este modo no hay inconveniente en que todo el mundo lo sepa; es más, puede dar ocasión para un bonito artículo: «Caída con suerte. Artista en peligro...» Hasta puede servirle de reclamo.

Ros. Pero, ¿y si se mata en la caída?

Cés. ¡Una titiritera! Además, no hay cuidado; el carruaje caerá sobre paja.

Ros. Bueno, ¿y para qué me cuentas todo eso que parece una novela?

Cés. Para que tú ocupes mi lugar y recibas dignamente á Cleopatra.

Ros. ¡Adiós!

Cés. Hazme ese favor.

Ros. Yo no soy práctico en estos enredos.

Cés. Si es muy sencillo. No tienes más que decirle: mi amigo ha tenido que marcharse á un asunto urgentísimo.

Ros. A ver á su prometida.

Cés. ¿Estás loco? Le dices... cualquier cosa.

Ros. Yo no tengo inventiva. No voy á saber de qué hablarle y se aburrirá atrozmente á mi lado. Nada, déjame en paz.

Cés. Si la hubieras visto una sola vez no querrías marcharte. Conque no hay más que hablar, ¿eh?

Ros. Bueno, acepto con una condición.

Cés. ¿Cuál?

Ros. La de no hacerle el amor.

Cés. ¡Es claro! Tu misión se reduce á disculparme, á dedicarme alabanzas, á pintarle mi desesperación al tener que irme sin verla. Vaya, adiós... ¡Ah! se me olvidaba. No des á entender que conoces su profesión, recíbela como si fuera una señora de buena sociedad. Adiós.

Ros. Oye, ¿es española?

Cés. Húngara.

Ros. Entonces no me va á entender.

Cés. Habla el castellano admirablemente, ¿no te he dicho que es una mujer deliciosa? Posee cinco lenguas.

Ros. ¡Adiós!

Cés. Pero, hombre, aguarda.

Ros. Cualquiera resiste á una mujer con cinco lenguas. Con una sola marean al más pintado... ¿Y no tienes miedo de que te suplante?

Cés. ¡Oh! (Orgulloso.) En cuanto á eso, estoy tranquilo. (Mutis.)

ESCENA IX

ROSENDO

Este César está chiflado. ¿A qué habrá urdido esta combinación tan complicada tratándose de una...? La verdad es que un *vis á vis* con una equilibrista que conoce cinco lenguas, debe de ser divertido. Aunque yo soy tan soso que, seguramente, la voy á aburrir; si es que no se marcha en cuanto le diga que no está César. (Pausa.) Lo que es preciso ante todo es evitar que caiga el carruaje y pueda lastimarse esa pobre muchacha; pero ¿cómo? Si me planto de centinela en la zanja para detener los caballos, me expongo á que estos me atropellen, ó á que se me tome por un salteador... Lo mejor es que Manuel se sitúe con un farol en la carretera, y evite que esa desdichada caiga... en el pecado, y yo bajaré á suplicarle que se aleje de estos sitios peligrosos. Sí, esto es lo mejor. (Va á salir; pero se detiene al oir un grito agudo de mujer, y otras voces y ruidos confusos.) ¡Dios mío! ¡Ya se estrelló! (Queda inmóvil por un momento y va á la puerta y á la ventana sin saber qué hacer.)

ESCENA X

ROSENDO y MANUEL

Man. ¡Señor Vizconde! ¡Señor Vizconde! (Con alegría.) ¡¡Ya volcó el coche!!

ROS. Lo sé.
MAN. La señora que venía dentro...
ROS. Se ha estrellado, lo sé.
MAN. La señora está buena y sana.
ROS. ¡Milagro patente!
MAN. Un muelle del carruaje es lo único que ha sufrido con el golpe.
ROS. Menos mal.
MAN. ¿No sale el señor Vizconde á...?
ROS. No; condúcela tú hasta aquí, yo estoy muy nervioso. Veré desde allí el aspecto que tiene y si me decido ó no á recibirla. (Mutis.)

ESCENA XI

MANUEL, PILAR y ANTONIO con una lujosa librea de cochero

MAN. Por aquí...
PILAR (Andando apoyada en Antonio.) Qué susto he llevado.
MAN. ¿Se ha hecho la señora algún daño?
PILAR No; solamente el susto... Pero debo disculparme de entrar aquí á estas horas... ¿El dueño de la casa?
MAN. (Aparte.) Qué bien finje. (Alto y maliciosamente.) Don César Fernández de Robledo, Marqués del Valle del Tomillar.
PILAR (Agradablemente sorprendida.) ¡Ah, qué extraña coincidencia! (Mirando á todas partes.) Y el Marqués, ¿dónde está?
MAN. Desgraciadamente ha salido; pero el señor Vizconde de Torre-Umbría, su amigo, hará los honores de la casa. También es un joven... muy guapo. Voy corriendo á anunciarle... (Aparte.) Es una mujer de órdago. (Mutis.)

ESCENA XII

PILAR y ANTONIO

PILAR ¿Qué es esto? ¿Por qué se reirá el criado socarronamente y me hablará de un modo

malicioso? Parece que esperaba el vuelco. César habrá ido á casa de su madre, y allí estarán todos inquietos por mi tardanza. Es necesario avisar en seguida á la Marquesa. (Mirando los muebles.) ¡Ah! allí hay una escribanía. (Se quita los guantes y el abrigo y escribe.) Le contaré lo ocurrido, y le suplicaré que me envíe un carruaje. ¡Antonio!

ANT. Señora Condesa...

PILAR Va usted á ir al momento á casa de la señora Marquesa viuda del Valle del Tomillar, entrega usted esta carta, y vuelve con el coche que de allí me enviarán. (Sigue escribiendo.)

ESCENA XIII

DICHOS, ROSENDO y MANUEL

MAN. (En la puerta y en voz baja á Rosendo.) Mírela usted.

ROS. (A Manuel en voz baja.) ¡Vaya una confianza! Parece que está en su casa.

MAN. (Idem.) Qué bien habíamos preparado la trampa.

ROS. Calla y vete.

MAN. Como mande el señor Vizconde. (Antes de salir se aproxima al «bureau» en que ella escribe, y, como si buscara algo, abre uno de los cajones mirándola con insistencia. Pilar mira á Manuel sorprendida, y éste hace mutis, no sin haberse contemplado de reojo en el espejo.)

PILAR (A Antonio dándole la carta.) Tome usted. (Antonio se marcha por la derecha.)

ESCENA XIV

PILAR y ROSENDO

ROS. (Aparte.) Estoy resuelto. Le hablaré al alma y trataré de conducirla al camino de la virtud. (Avanza hacia ella.)

PILAR (Volviéndose y viéndolo.) ¡Ah, un caballero!

ROS. (Aparte.) ¡Qué hermosa es!

PILAR (Aparte.) Debe de ser el Vizconde de quien me habló el criado.

ROS. (Aparte.) Se la podría tomar por una gran señora. (Pausa larga, durante la cual él trata de romper á hablar sin conseguirlo.)

PILAR (Aparte.) Parece mudo; será preciso que yo empiece. (Alto.) Caballero: supongo á usted enterado del accidente que...

ROS. (Interrumpiéndola.) ¡Ya lo creo! Me lo han contado todo... (Interrumpiéndose.) Pero, ahora que caigo, si prefiere usted que hablemos en otro idioma, podemos hacerlo. Conozco el inglés, el italiano, el...

PILAR No veo la necesidad. (Extrañada.)

ROS. Tiene usted razón. La lengua española es la más clara. (Aparte.) La he achicado.

PILAR Antes que nada permítame usted que haga mi presentación. Soy...

ROS. No hace falta.

PILAR (Sorprendida.) Entonces... ¿usted me conoce?

ROS. Conocerla... no... ¡pero César me advirtió que...! Comprendo su resistencia á que se le recuerde un arte que... tan...

PILAR ¿Un arte?

ROS. En cuyo ejercicio se corre el riesgo de romperse la crisma de tantos modos...

PILAR No comprendo... ¿Se refiere usted al accidente de mi caída?

ROS. Sí: al accidente. (Aparte.) He cometido la primera indiscreción. (Alto.) Perdóneme usted si he aludido á algo que le desagrada, y permítame que me presente: Rosendo de Villanueva, vizconde de Torre-Umbría, agricultor, cazador, pescador... en suma, un hidalgo campesino.

PILAR Y yo ¿quién soy según usted?

ROS. (Con exquisita galantería.) Me guardaré muy bien de decirlo.

PILAR (Riendo.) ¡Qué cosa más rara!

ROS. (Aparte.) ¡Qué hermosa está cuando se ríe!

PILAR Pues no tengo ningún motivo para ocultar mi nombre.

ROS. Ninguno: al contrario. ¿Quién no conoce su fama y su hermosura? Ya, ya me anunció César la fascinación que había de experimentar al verla aquí.

PILAR (Extrañada.) ¿Qué dice usted? ¿Cómo podía él adivinar que un caso imprevisto iba á traerme á su casa?

ROS. (Aparte.) ¡Cómo finge! (Alto.) Tiene usted razón; no podía suponerlo, era completamente imposible adivinarlo. (Aparte.) Ya volví á meter la pata.

PILAR (Alejándose de Rosendo.) Me parece que este vizconde no anda bien de la cabeza. (Haciendo ademán de que está loco.)

ROS. (Aparte.) ¿Hace así? Me toma por loco.

PILAR De manera que usted sabe quién soy.

ROS. ¡Ya lo creo!

PILAR (Aparte.) Indudablemente, César esperaba la visita de alguien. Si yo pudiera hacer cantar á éste. (Alto.) Pues bien, sí, el marqués me aguardaba, no trato de ocultarlo. Ya ve usted que soy sincera.

ROS. Se lo agradezco. (Le presenta la mano que Pilar se resiste á estrechar.) ¡Ea! venga esa mano. Crea usted que tengo una verdadera satisfacción en conocerla, porque... lo confieso con rubor, hasta ahora no había visto á usted.

PILAR (Llevándole la coriente.) ¿De veras? ¡Es increible!

ROS. Aunque su fama había llegado ya hasta mí.

PILAR Es claro.

ROS. Voy raras veces á Madrid, y este es el motivo de no haberla podido admirar á usted en... su campo de acción.

PILAR ¡Eh! ¿En mi campo de acción? ¿Y cuál es mi campo de acción?

ROS Ninguno; perdone usted. (Aparte.) Tampoco esto le agrada. (Alto.) No me haga usted caso, digo una tontería tras otra y no acierto á...

PILAR En efecto; me habla usted de un modo bien extraño.

ROS. Verá usted; César me ha prohibido hacer la más ligera alusión á... (Imita el paso de

una funámbula por el alambre, acompañándose con un vals.)

PILAR (Aparte.) Cada vez comprendo menos. (Alto.) César exagera. (Aparte.) Yo necesito saber... (Alto.) Vaya, le permito que me trate con entera libertad.

ROS. ¿Puedo hecerlo?

PILAR Sin escrúpulo alguno; pero me parece que va usted á engañarse.

ROS. Sí, ¿eh? (Ella se ha apoyado en la mesa y él pone la mano sobre una de las suyas, retirándola al ver su gesto.)

PILAR Veamos, pues, ¿soy...?

ROS. ¡Cleopatra! la célebre funámbula del circo de Parish. (Con fuego.) La primera equilibrista del mundo. (Imita como antes el paso del alambre.) ¡Bravo! ¡Bravo! (Palmoteando.)

PILAR (Aparte.) Por fin sé á qué atenerme.

ROS. Soy un verdadero amigo de César y...

PILAR ¡Vaya con César!

ROS. Cuente usted con mi silencio, con mi discreción...

PILAR Estimo mucho en los hombres esa cualidad, señor de...

ROS Torre-Umbría, Rosendo Torre-Umbría.

PILAR Rosendo; bonito nombre.

ROS. (Creyendo que se burla.) Si no le gusta á usted puedo hacerme confirmar.

PILAR No, me es igual.

ROS. Esta noche Cleopatra debe resignarse á cenar con Rosendo en vez de hacerlo con César. ¡Y cómo se había preocupado el pobre de que no faltara nada! ¿No se siente usted emocionada al ver...?

PILAR ¡Mucho! no puede usted figurárselo. Tanto, que tal vez no pueda cenar.

ROS. (Alegremente.) Ya vendrá el apetito. (Llamando en un timbre. Aparte.) Estas reinas del músculo tienen siempre ganas de comer. (Alto.) Pero, ¿no se sienta usted? Se charla mucho mejor á la mesa; ¡tengo que contarle tantas cosas de nuestro amigo!

PILAR (Aparte.) Es necesario saberlo todo.

ROS. ¡Cuánto daría el infeliz por encontrarse ahora en mi lugar!

PILAR Tal vez no.

ROS. ¿Duda usted de su amor? ¡Sería una crueldad! Perdone usted. (Vuelve á llamar. Aparte.) Lo que me extraña es que no tenga acento extranjero; por más que con estas artistas se lleva uno cada chasco... á lo mejor se anuncian de la Groenlandia, y son de la Guindalera.

ESCENA XV

DICHOS y MANUEL, que entra y sale disponiendo la cena

ROS. (A Manuel que entra.) Trae Champagne.

MAN. En seguida. (Aparte.) Ya comienza la orgía. ¡Vaya si es guapa! ¡Y me mira! ¡Si yo tuviera bigote! (Va á la mesa auxiliar y abre una botella de Champagne.)

ROS. (A Pilar.) Permítame usted... (Le da el brazo y la conduce á la mesa.) Voy á abonarme á una silla de pista.

PILAR ¡Já... já!... ¿por verme á mí?

MAN. (Echando Champagne. Aparte.) ¡Quién supiera andar por el alambre! (Por mirarla tropieza con Pilar y ella le mira.) Indudablemente se tima.

PILAR (Sentándose.) Es confortable esta quinta.

ROS. Algo recargada de muebles...

PILAR Sí.

ROS. Yo me encuentro más á gusto entre los muros de mi antiguo caserón. Bebamos el primer vaso por el amor al hogar doméstico. (Beben.)

MAN. (Echa Champagne de nuevo; pero al pasar junto á Pilar le pisa el vestido por mirarla, y ella le contempla extrañada.) ¡Cuando yo digo que se dan casos! (Sale.)

ESCENA XVI

PILAR y ROSENDO

PILAR ¿Vive usted con su familia?

ROS. Soy solo; absolutamente solo. El único vás-

tago de los Torre-Umbría se encuentra en este momento cenando con usted.

PILAR ¡Debe de ser tan triste vivir solo!

ROS. ¡Ah! Quiere usted decir que debía casarme. Lo haría de buena gana; pero tengo miedo de enamorarme, verdadero miedo. Así es que me encuentro á disgusto cuando estoy frente á una mujer bonita. (Adelantándose á un gesto de ella.) Sí; en este momento debía estar disgustadísimo; pero...

PILAR ¿Pero...?

ROS. Pero estoy orgulloso y satisfecho de tenerla á usted por compañera de mesa. Una compañera tan hermosa, tan aplaudida... una artista que posee tanto idioma...

PILAR En efecto, conozco siete lenguas.

ROS ¡Siete! (Aparte.) Esta mujer es la torre de Babel. (Alto.) César me había dicho que cinco, y ya me parecieron bastantes.

PILAR No recordaría bien. (Aparte.) Por lo que se ve, la titiritera también es políglota. (Alto.) ¿De modo que no piensa usted en salir de su soledad?

ROS. Tengo que plantar árboles. Me explicaré: mi predecesor en el título, un tío mío, disipador, dejó nuestras fincas en un estado lastimoso, y yo me he propuesto volverlas á ver florecientes. *That is the question.* (1)

PILAR *All right.* (2)

ROS. (Levantando su copa.) ¡Por el progreso forestal!

PILAR *For my trees.* (3) (Beben después de chocar las copas.)

ROS. Verdaderamente es usted una mujer superior á todas las mujeres de circo. (Rosendo se muestra excesivamente amable.) Yo hasta ahora no había visto más que á las que van emperifolladas, á las que se pintan, á las que fingen... y usted ¡es tan distinta de ellas! sencilla, distintiguida, espiritual... Apenas puedo

---

(1) Dat is di cuéston.
(2) Ol ray.
(3) For mai tris.

creerla capaz de haber intentado esta aventura. ¿No ha pensado usted en que podía haberse roto ó dislocado algo?

PILAR. Cómo quería usted que yo...

ROS. Al llegar á la trampa...

PILAR. (Sin comprender.) ¡Ah!... ¡sí! (Aparte.) ¿Qué trampa será esa?

ROS. Aunque supiera usted que la zanja estaba bien dispuesta, con su montón de paja al lado...

PILAR. ¡Cómo!

ROS. ¿No sentía usted miedo al acercarse el trueno final?

PILAR. ¡El trueno!

ROS. La voltereta del coche, premeditada y dispuesta para salvar su reputación de usted.

PILAR. ¡Ah! (Aparte.) Todo está ya claro. (Alto.) No, no tenía miedo alguno.

ROS. A pesar de todo, creo que no deben intentarse semejantes aventuras. No lo tome usted á mal; pero me parece providencial que César haya tenido que marcharse. Al regresar esta noche á su casa, se acostará con la certidumbre de que ha salido usted ilesa de esta imprudencia.

PILAR. (Con cordialidad.) Ahora soy yo la que le ruego que me dé la mano, y le doy las gracias de corazón. No conocía toda la magnitud del peligro que me amenazaba hoy. (Levantando su copa.) *¡Un toast á la santé de mon discret amí!*

ROS. *¡Espirituelle! A la santé de ma belle compagne.*

PILAR. Y ¿á donde ha ido César?

ROS. A «Villa-Eulalia» llamado para un asunto de importancia. Ha recibido una carta urgente de su madre.

PILAR. Y... ¿de qué clase era el asunto?

ROS. Pues... sí... era un acontecimiento extraño; eso es, sí: que se ha descubierto una mina de... oro.

PILAR. ¿Sabe usted lo que le digo? Que no sirve usted para mentir.

ROS. (Desalentado.) Eso mismo digo yo.

PILAR. En efecto había descubierto una mina de

oro, y se disponía á su explotación; pero no es ese el asunto que le ha llevado á «Villa-Eulalia». Estoy mejor informada. Su amigo se vió obligado á irse para recibir á la condesa de Miramar, con quien quiere casarse en seguida. ¿No es así?

ROS Puesto que lo sabe usted ¿á qué negar? Sí; así es.

PILAR (Levantándose excitada.) Así era; pero se han presentado muchos obstáculos entre don César y la Condesa. ¡Un abismo! No, mejor diría una zanja.

ROS. (Aparte.) ¡Pobre criatura, está celosa! (Alto y procurando tranquilizarla.) ¡Vamos, chiquita!...

PILAR Suplico á usted que suprima ese lenguaje. No admito inconveniencias.

ROS. (Aparte.) Ya volvemos á los remilgos. (Alto.) Vamos, señorita, no se acalore, se lo suplico, y siéntese de nuevo.

PILAR Tiene usted razón; no vale la pena de incomodarse. (Se sienta.)

ROS. Comprendo su enojo; pero creo que podré disipar sus preocupaciones sobre César.

PILAR ¡Cómo! ¿Va usted á disculpar semejante acción, indigna de un caballero?

ROS. Si él no quiere á la Condesa.

PILAR ¡Ah! ¿Conque?...

ROS. Se lo juro. Me lo ha dicho él mismo.

PILAR ¿De veras? ¿Entonces por qué se casa?

ROS. Por la dote. Palabra de honor.

PILAR ¡Me parece muy bien!

ROS. Necesita mejorar su fortuna, y... no creo que usted pierda nada con esa mejora...

PILAR ¡Cómo!

ROS. Me ha dicho que la Condesa es... sí; una mañana de verano, dulce, fastidiosa...

PILAR ¿Sí? ¡Muy bien; lo encuentro sublime! (Ríe nerviosamente.) Es para morirse de risa. Nunca olvidaré esta magnífica situación.

ROS. (Aparte.) Que contenta se ha puesto. Nunca pude figurarme que iba á desempeñar tan bien mi comisión.

PILAR Así son los hombres: se arruinan primero, y luego hacen operaciones financieras sobre

el corazón. (Aparte.) Y este amigo que lo defiende...

ROS. César no ama más que á usted,

PILAR Dejemos á César. También este César ha encontrado su Bruto.

ROS. ¿Eh?

PILAR Bruto amaba á César, y á pesar de ello le mató, haciéndole caer ante la estatua de Pompeyo.

ROS. ¡Me deja usted asombrado! Qué conocimiento de la historia de Roma.

PILAR El interés que me inspira el nombre de César me ha hecho estudiar ..

ROS. La felicito por su cultura. (La invita con el gesto á brindar.)

PILAR No, no más.

ROS. Si no fuera tan amigo de César, le juro á usted que quisiera ser Marco Antonio.

PILAR Me parece recordar que este personaje sustituyó en el Imperio al vencedor de Egipto.

ROS. Qué lástima que no haya usted empleado su inteligencia en algo más... no se cómo decirlo.

PILAR Más noble, dígalo usted. No me ofendo.

ROS. *¡Oh! Voi siete inteligentísima.* Comprendo que César esté loco por usted.

PILAR *Non parliamo ora di Césare.*

ROS. ¡No!

PILAR Hablemos de... Marco Antonio.

ROS *¿Di me?* Digo: ¿de mí?

PILAR Usted también pensará en casarse con un hermoso fajo de billetes de banco para mejorar su arbolado.

ROS. Me juzga usted mal. Para reponer la hacienda que encontré perdida, me basto yo solo con mi trabajo.

PILAR ¡Bravo! (Choca su copa con la de Rosendo.)

ROS. ¡Salud!

PILAR *¡Prost!*

ROS. Así me gusta: veo que ha olvidado usted sus celos. No hay nada como el champagne. (César aparece en la puerta.)

PILAR Es verdad.

ROS. ¡Viva el champgne!

PILAR ¡Viva!

ROS. *¡Vive le champagne!*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CÉSAR. Luego MANUEL

CÉS. ¡Qué significa esto! ¡Señora! ¿usted en esta situación?

ROS. No te alarmes. ¿Vas á ser tú ahora el celoso? ¡A tu salud!

CÉS. ¡Basta! ¿Qué sucede aquí?

PILAR Ya ve usted, su amigo festeja á la funámbula.

CÉS. ¡Necio! No tienes pizca de...

ROS. Si lo he arreglado todo. Además la señorita Cleopatra y yo somos buenos amigos.

CÉS. ¡Desgraciado! Esta señora no es quien tú crees.

ROS. ¿No? ¿Pues quién es entonces?

CÉS. La condesa de Miramar.

ROS. (Estupefacto.) ¡¡De Miramar!!

PILAR Sí; la condesa de Miramar, que gracias al accidente de esta noche y á éste amable caballero, ha sabido á tiempo quién es el dueño de esta quinta.

ROS. Condesa, perdone usted; he debido de tener una venda en los ojos. (Aparte.) ¡Me he lucido!

PILAR (A César.) La fastidiosa mañana de verano le da las gracias por la agradabilísima velada que le ha proporcionado.

CÉS. (A Rosendo.) ¡Estúpido! ¿Le has contado también eso?

ROS. ¡Yo qué sabía!

MAN. (Entrando.) El carruaje para la señora.

PILAR Bien. Evitaremos los peligros de otra caída. (A César, con frialdad.) Marqués, mis respetos á su señora madre...

CÉS. (Aparte.) ¡Oh!

PILAR Señor de Torre-Umbría, le ruego que me acompañe á Madrid.

Ros Pero, ¿no está usted enojada conmigo?

PILAR Al contrario. ¿Quiere usted darme el abrigo y los guantes? (Rosendo se los da y coge sus prendas de caza.) Mil gracias. Mi tía se alegrará infinito de conocerle y de que vaya usted asiduamente á tomar el té con nosotras. Además le debo á usted una cena.

Ros. Condesa...

PILAR Y le rogaré que demos algunos paseos por el campo; quiero ver sus plantaciones de usted y la casa de sus antepasados.

Ros. ¿Le agradará á usted eso?

PILAR Ciertamente. ¿Su brazo caballero?

Ros. Con mucho gusto. (Se lo ofrece; pero como lleva en él el morral y la escopeta, lo retira para quitarse dichos objetos.)

PILAR (Tomándolo.) Vamos. Mandaré quitar la capota del carruaje; la noche está deliciosa. No es uno de esos días fastidiosos...

CÉS. ¡Pilar!

PILAR Recordaré siempre, y (A Rosendo.) algunas veces hablaremos de ella, esta caída *casual* de mi carruaje. ¿Qué mujer está libre, en este mundo, de una caída?

Ros. Pues, por si puede servirle de consuelo, le diré que no ha caído usted sola. Esta noche ha caído también el único vástago de los Torre-Umbría. ¡Pobre Cérsar! Perdóname.

CÉS. ¡Vete al demonio!

PILAR ¡Já, já, já! (Salen Pilar y Rosendo del brazo riéndose de César, que da muestras visibles de su contrariedad.)

TELON LENTO

Obras del mismo autor

El maestro Catón, zarzuela en tres cuadros, música de Rubio y Estellés. Estrenada en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

La jaula del loro, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

El adivino, juguete cómico. Estrenado en el Teatro de Maravillas.

Concurso universal, revista en seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Calleja. Estrenada en el Teatro de Maravillas.

El sombrero hongo, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

La torta de Reyes, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

Las de capirote, ópereta en un acto, música Calleja y Lleó. Estrenada en el Teatro Cómico.

La caprichosa, sainete lírico en tres cuadros, música del maestro Vives. Estrenado en el Teatro de la Zarzuela.

¡Pobre España!, sainete en un acto. Estrenado en el Teatro de Eslava.

El beso de San Silvestre, humorada lírica en un acto. Estrenada en el Teatro Romea.

La Caída, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro Lara

El papel vale más. Colección de composiciones en verso. Prólogo de Sinesio Delgado.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta